

**Adrogué, Eduardo María**

*¿Hablar de Dios, de Jesús? ¿Cómo se dice? ¿Quién lo dice? Y... ¿quién lo escucha?*

*III Jornadas : Diálogos entre Literatura, Estética y Teología*

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Adrogué, Eduardo María. "¿Hablar de Dios, de Jesús? ¿Cómo se dice? ¿Quién lo dice? Y... ¿quién lo escucha?." Ponencia presentada en las Jornadas Diálogos entre Literatura, Estética y Teología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina. Buenos Aires, 2007. [Fecha de consulta]  
<<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/hablar-de-dios.pdf>>

(Se recomienda ingresar la fecha de consulta antes de la dirección URL. Ej: 22 oct. 2010).

¿Hablar de Dios, de Jesús? ¿Cómo se dice? ¿Quién lo dice? Y... ¿quién lo escucha?

**Eduardo María Adrogué**

**UCA**

Son muchas preguntas, demasiadas para un título. En el comienzo de un milenio nuevo la cuestión de Dios no es indiferente. Alguno inquiere sobre el significado mismo de la palabra, sobre su contenido, otros se preguntan cómo hablar de lo que ha “visto y oído”. Inclusive, alguno vacila acerca de la conveniencia de misionar. Olegario González de Cardedal se hace estas preguntas: “La conciencia moderna ha pasado de la facticidad a preguntar por el fundamento de posibilidad. ¿Cómo tiene que ser Dios para que la revelación, encarnación, crucifixión y donación del Espíritu puedan ser reales? ¿Cómo tiene que estar constituido el hombre para que pueda acoger la revelación y para que su humanidad pueda ser humanidad de Dios? ¿Cómo tiene que estar estructurada la historia para que ella sea también historia de Dios? ¿Cómo es Dios alteridad absoluta y absolutamente fundadora?”<sup>1</sup>

La pregunta acerca de la bondad de la misión no tiene ya el mismo origen –en cuanto a la ideología subyacente- de la que se formulara a mediados del siglo pasado, pero no pierde su vigencia.

En efecto, la palabra sobre Dios es usada en la actualidad de muchos modos que parecen casi excluirse. ¿Quién es Dios? O mejor: ¿Qué es dios? Así escrito con minúsculas porque parece que se estuviera hablando del dios que denuncia la historia de Abraham, un dios circunscrito al país, a la cultura propia, ¿Cómo podrían entenderse hombres distintos con dioses diferentes? No resulta entonces extraño que para algunos debería directamente prescindirse de la mención de Dios, o de lo religioso porque se presentaría como un elemento que lejos de allanar el terreno de lo cotidiano lo llenaría de obstáculos extra.

¿Dios tiene rostro?

---

<sup>1</sup> Olegario González de Cardedal. Dios. Salamanca. 2004. 23

Puede ser un buen abordaje para el problema planteado hablar del rostro de Dios. El creyente, el que ora no ha visto el rostro divino, no tiene acceso a El, pero sabe que Dios siempre tiene un rostro. Los diferentes credos, culturas han hecho construcciones diferentes, pero en la mayoría de los casos se esconde la convicción de que Dios es un ser personal con quien se puede entablar una relación de diálogo interpersonal. Dios puede esconder su rostro por pura trascendencia o por enojo, pero el hombre le implora bellamente: “mostranos tu rostro”. El creyente tiene la íntima convicción de que al despertarse “se saciará con su semblante” en la gran fiesta del Reino. La convicción expresada en la Biblia es que vendrán de muchos lugares a sentarse a la mesa del banquete eterno. Pero, entretanto el diálogo es difícil inclusive dentro del mismo credo.

#### Jesús, ¿escándalo o la-expresión-del-Padre-que-acoge-y-perdona?

El cristianismo ha introducido una novedad hasta entonces inaudita: Dios se muestra en el **rostro** de un hombre, Dios se desvela, se descubre. Este acercamiento definitivo que parece tan auspicioso agrega, sin embargo nuevos problemas a la cuestión. El cristianismo pretende que toda la realidad encuentra sólo en Jesús de Nazaret su verdadero fundamento. ¿Cómo habrían de aceptar los creyentes no cristianos semejante pretensión? Este aserto del cristianismo que brota directamente de la misión y de la identidad que nos da nuestro Fundador no nos concede de ningún modo la posibilidad de una presentación prepotente haciendo ver a los demás una cierta benevolencia o respeto por “sus ideologías” hasta que puedan ver la “plenitud de la verdad”. Pero si esto no debería ocurrir tampoco podemos disfrazar el hecho decisivo: Dios ha querido hablarnos del modo más adecuado para que lo entendiéramos; salió a nuestro encuentro para encontrar al hombre allí donde estuviere.

Me propongo evocar algunos rostros para pensar la cuestión planteada.

### Un rostro, el de Sonia

Es un lugar común hablar de Dostoievski como el creador de la “novela psicológica”. No importa ahora abordar la verdad de esta afirmación pero puede dar espacio a la entrada en el tema que nos ocupa. En verdad, el genial escritor ruso se siente a gusto cuando penetra la mente y el corazón de sus personajes que dejan ver en sus rostros lo que sienten y piensan. Nos detendremos ahora en la faz de Sonia, la prostituta de *Crimen y Castigo*.

La descripción de su cara no la hace Dostoievski en un solo lugar. Recordemos la presentación del personaje: Sonia era de pequeña estatura, de unos dieciocho años, delgadita; pero resultaba una rubita bastante guapa, con unos ojos azules que llamaban la atención...”<sup>2</sup> No nos da demasiada información por el momento. Tampoco nos dice qué llama la atención en esa mirada. En la misma escena en la que la muchacha se despide de su padre moribundo se dice: “De repente la reconoció, humillada, abatida, emperifollada, y avergonzada, aguardando plácidamente le llegase la vez de despedirse del padre moribundo. Infinito dolor reflejaba su rostro.” (173) Ya más tarde cuando ella ha tomado un lugar insustituible en la novela leemos estas palabras: “Durante el diálogo, Raskólnikov la observaba atento. Era una personita delgada, muy delgada y pálida, bastante irregular de facciones con algo de agudo en todo el rostro, con una naricilla y un mentón picudos. No se la podía llamar, en rigor, guapa; pero, en cambio, tenía unos ojos azules tan claros y cuando se animaban, la expresión de su semblante asumía tal bondad y candor, que involuntariamente cautivaban. Había en su cara y en toda su persona un rasgo predominante, característico; no obstante sus dieciocho años, parecía todavía más joven, casi una niña, lo cual se traslucía, de un modo hasta cómico en alguno de sus gestos.” (220s) Podríamos anotar rápidamente tres cosas. La primera es que en su rostro la mirada de esos ojos azules es luminosa y no deja de llamar la atención de un modo agradable, atrayente. Su rostro deja ver, es expresivo. En las líneas citadas el dolor, la vergüenza, la bondad y el candor se han asomado. Lo tercero podría ser una consecuencia de lo dicho: si bien no se

---

<sup>2</sup> Fedor Mijailovich Dostoievski, *Crimen y Castigo*. Barcelona. 1995. p. 171. En adelante se citará esta edición en el cuerpo entre paréntesis.

trata de una persona guapa, sin embargo, su rostro cautiva, abre puertas, predispone de modo positivo. El interlocutor de Sonia podrá tal vez menospreciarla, juzgarla, pero ella inspira benevolencia.

Incluyo un texto que se refiere a otra persona. Es traído a colación ya que en una línea cercana a lo dicho arriba, habla de belleza. Se describe aquí el rostro de la madre del protagonista de la novela, Rodino Raskólnikov: “No obstante hallarse ya Puljeria A. en sus cuarenta y tres años, aún conservaba vestigios de su pasada hermosura, eso sin contar con que parecía de mucha menos edad de la que tenía, según suele acontecerles a esas mujeres que han conservado la limpidez del alma, la frescura de impresiones y el honrado y puro ardor del corazón hasta las cercanías de la vejez. Digamos de pasada que conservar todo esto es el único medio de no perder la hermosura ni en la vejez misma.” (189s)

#### Un rostro menos agraciado: Katerina Ivanovna.

Consideremos ahora qué despierta el rostro de Katerina Ivanovna. “Raskólnikov reconoció inmediatamente a Katerina I.. Era una mujer espantosamente flaca, fina, bastante alta y bien hecha, con un pelo castaño hermosísimo, y efectivamente, con unas mejillas coloradísimas, como dos manchones. Iba y venía por su reducido aposento, cruzadas al pecho las manos, fruncidos los labios y alentando de un modo desigual, entrecortado. Los ojos le echaban chispas, cual si tuviera fiebre; pero su mirar era duro e impasible, y producía una impresión de enfermedad aquel rostro de tísica, febril, a los últimos resplandores de aquella luz moribunda, que en él se reflejaban.” (23) Si la situación de miseria apela a la solidaridad, también cierta incomodidad produce en el lector su modo de actuar. Puede que este juicio resulte exagerado, pero lejos de provocar simpatía, su contacto con Katerina crispera, intranquiliza. Sí, todos terminan alejándose de ella, inclusive en su muerte despiden airadamente también al sacerdote. “¿Qué es esto? ¿Un cura?... No es preciso... ¿Dónde tiene usted un rublo de sobra?... ¡Yo no tengo ningún pecado!... Sin necesidad de eso está Dios obligado a perdonar.. ¡Bien sabe él lo que he sufrido!... ¡Pero si no perdona, tan contentos!...” (400) Vale la

pena mencionar que en esos momentos de despedida su mirada se encuentra con Sonia a quien ha tratado verdaderamente mal. “...recobrando de pronto la memoria, y mirólos a todos con cierto terror, y reconociendo al punto a Sonia-. ¡Sonia, Sonia! –exclamó tímida y cariñosamente, como maravillada de verla allí delante-. Sonia, rica; ¿estás tu también aquí?” (401)

Puede haber desconcierto en sus palabras. No nos dice nada de la mirada de Sonia pero por sus palabras podemos inferir una mirada por lo menos piadosa, sin rencores. A renglón seguido agrega: “¡Basta!... ¡Ya es tiempo!... ¡Adiós, pobrecilla!...” No nos queda claro si se refiere a sí misma o todavía se dirige a Sonia. Su muerte produce desasosiego. “¡Deslomaron a la jaca!... ¡Revienta! – gritó desesperadamente y con rabia, y dejó caer la cabeza en la almohada.” (401)

El lector no puede sino comprenderla, compadecerla, pero no amarla. Su actitud es la de juzgar a todos: ella es inocente, luego, todos son culpables. ¿Dónde está Dios? Se preguntan ambas desde el límite del sufrimiento. Puede verse la crispación, el reclamo exigente de Katerina; el dolor que está cercano a volcarse en el molde de la desesperación en el caso de la joven prostituta.

### Volver a mirar

El magisterio latinoamericano ha asumido con frecuencia la temática de los rostros. Lo ha hecho en Puebla (31-40), vuelve a hacerlo en Aparecida (402). Nos encaminamos también nosotros ya que el rostro es significativo de lo humano. Este interés recurrente no responde sólo a una bella intuición. Nuestro episcopado ha sentido que prestando atención a los rostros del pueblo de América podía escuchar y encontrar no solamente al hombre real, no una abstracción, sino también encontraría el rostro de Cristo. Efectivamente, el texto del juicio final incluido en el primero de los evangelios exige a los cristianos a buscar a Jesús allí donde quiera manifestársenos.

Nuestro rostro habla de nosotros, nuestra mirada dice o esconde -así también dice lo que prefiere callar-. No hay criterios universalmente aceptables para clasificar rostros. ¿Color, belleza, edad, fama? Caracterizan, sitúan al ser humano; en rostros diferentes se ofrece, permanece lo incuestionable: detrás de ese rostro hay alguien.

En los rostros descritos por los documentos eclesiales del episcopado latinoamericano puede reconocerse a Sonia y también a Katerina. Ambas son pobres, ambas sufren y despiertan compasión... Pero, ¿puede un hombre encontrar en otro rostro humano la promesa de la salvación? Está claro que el rostro de otro representa una palabra, algo que se puede entender; pero no todo lo que entendemos lo recibimos con agrado. Si el rostro de Sonia de algún modo nos cautivaba y provocaba benevolencia, deseo de escuchar, de comprender, el de Katerina nos somete a juicio. Hay en esta situación una paradoja acuciante: allí, en la pobreza se manifiesta el bello pero incómodo reclamo de Jesús. Y esto no es otra cosa que el rostro que Dios ha querido mostrarnos, el rostro por el que Dios quiere ser reconocido.

#### El que se deja ver nos enseña cómo hablar

Si el Señor puede ser encontrado en otros espacios (la creación, los sacramentos, la Palabra de Dios), es insoslayable su presencia en el que no tiene techo, en el preso, en el hambriento, en el desnudo. Es evidente que el texto evangélico al que nos referimos (Mt 25) es mucho más que un potente argumento; es un continuo llamado a rever el modo de dirigirnos a los otros. Si así se nos revela Dios, debemos adecuar nuestro modo de hablar de Él. Hablar de Dios debería ser aprender a hablar como Él. Su figura no se impone, se presenta. Inclusive parece advertirse que el “encontrado” lo reconoce después; hay algo que lo desvela. En efecto, esta situación desarma y llama a la persona a una gran humildad. Hay en el texto de Mateo una genuina sorpresa en los que se encuentran con el Rey que se manifiesta agradecido por su servicio. Ellos no sabían que servían a Cristo; sabían sí que asistían delicadamente a alguien pero quién les saldría al encuentro lo ignoraban en verdad. Su gesto no escondía cálculo alguno. La pequeña Sonia junto al lecho de Katerina “ve sin ver”, “sirve al que vino para servir”.<sup>3</sup>

#### El encontradizo Jesús

---

<sup>3</sup> Mc 10,45

Pero, si Sonia es pobre y su madrastra también es pobre, ¿qué cambiaría servir a una o a la otra? Si leemos en el texto evangélico citado no encontraremos ninguna valoración moral del pobre; Jesús estará allí. Hay algo objetivo, una promesa no sólo hacia el servidor bueno y fiel, sino también para quien será “su carne” en esa ocasión. Con esto no queremos decir que Jesús “reemplace” al sufriente; estará el enfermo, Katerina o Sonia con su vergüenza y su opresiva culpa, pero también estará Cristo. Junto al lecho de Katerina está Sonia acompañando a su impiadosa madrastra, y también estará Jesús: estuve enfermo y me visitaste. Tampoco había cálculo en Sonia. Ella misma se sorprendería al encontrar a su amado Jesús pues no lo sabe.

En el modo de actuar de Sonia advierte el cristiano un modo auténtico, evangélico. No se detiene en los modos de Katerina para con ella. La prostituta es fiel a esa palabra que brota del dolor. Tal vez la moribunda lo advierte. Le dirige a Sonia las únicas palabras serenas y agradecidas de ese momento inquietante. ¿No será Sonia también aquí representación del “Dios que perdona” aunque ese perdón no sea valorado en esa ocasión? Su presencia tímida y compasiva, ¿no es figura del buen samaritano que se inclinó para recoger al herido? Es Sonia un bello espejo donde puede el cristiano juzgar cómo hablar o más bien cómo presentar el evangelio. Así es el mismo Cristo quien se presenta hablando o callando, sólo acompaña y su presencia cura.

### Hagan ustedes lo mismo

Dejo momentáneamente el otro texto evangélico (Lc 10, 29ss) para atender otro reclamo de la común sensibilidad. La benevolencia ante Sonia, la incomodidad ante la señora Katerina, ¿representan alguna diferencia? Algo se ha dicho en relación a la presencia de Jesús, segura y silenciosa.

Consideramos todavía otra vez la imagen de la moribunda. Impresiona su reacción ante la posibilidad de asistencia religiosa. Esta mujer se niega a recibir al cura. Podría existir como excusa su falta de dinero pero ella argumenta que no necesita del perdón. Dios debe perdonarla: es la obligación divina. E inclusive, si no lo hiciera, poco importaría. ¿Cómo juzgarla en situación tan extrema? Pero Dostoievski nos decía ya en las primeras páginas de la novela qué piensa y siente esta

mujer. Y el rasgo que aquí aparece es su dureza. Su marido la describe así: ¿"Dónde está esa pobre chica (se refiere a Sonia) que se vendió por una madrastra mala y tísica y por unos niños ajenos y pequeñines?" (21) Insistimos, la fidelidad de Dios no queda inactiva por la rigidez de Katerina. Acordemos, sin embargo, que quien se acercare a Sonia encontraría en ella un corazón abierto, generoso y hasta agradecido. ¿Cómo no haría este conjunto de actitudes más probable la comunión entre los interlocutores? Es difícil resistir una bonhomía como la de Sonia lo cual no implica necesariamente la aceptación del dogma cristiano.

Finalmente, es posible que las circunstancias y la misma vida de Sonia sean rechazadas por algunos. Si ella fuera "la presentación oficial del evangelio" despertaría muchas objeciones. Pero siempre habrá algo que decir a aquellos que anuncian el evangelio. El evangelio de Jesús resplandece en un hombre reconciliado, pero hasta el mismo Jesús fue objeto de suspicacias. Sin ninguna voluntad de soslayar errores o pecados y asumiendo la necesidad de la conversión no sólo personal sino de cada comunidad tampoco podría pretenderse como interlocutor una Iglesia impoluta –sólo posible en el plano de lo ideal, de lo no conseguido, de lo deseado. La Iglesia es ésta, con sus miserias y su belleza, pero es ésta con su estructura y su catolicidad, dispuesta para el diálogo pero lenta; agudísima y ágil en algunos de sus miembros para estar dónde debe y cómo debe pero con mucho cuidado y a veces hasta pesada en sus estructuras más universales. No está sola en el universo. Otros creyentes alaban a Dios y los cristianos compartimos con ellos la Buena Noticia de sabernos llamados por Dios a la vida.

La imagen del Buen samaritano aparece con toda su luz y seducción ante nosotros. Mientras haya –y siempre los habrá- un hombre sufriente, siempre Jesús conmovido–y otros junto a él- se le acercará "y curará sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza".<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Misal Romano, prefacio ferial VIII